

# LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO III Nº 54.

Madrid Junio de 1896.

OFICINAS FACTOR, 7

E. SALA.



# HIPÓTESIS SOBRE LOS RAYOS X.

Lo que las *ilusiones* son para la vida son, hasta cierto punto, las *hipótesis* para la ciencia.

¡Que seca, que desabrida, que prosáica es la existencia humana sin ilusiones! ¡Fantasmas de color que llenan los horizontes del porvenir y que nos atraen sin cesar, hacia nuevos horizontes!

Sin un horizonte mas allá, no recorreríamos el mundo; viviríamos adheridos, como las plantas, al pedazo de tierra en que nació-  
semos. O como el pedazo de roca, que se queda eternamente agarrado á otras rocas junto á las cuales se cuajó en antiquísimas épocas geológicas.

Sin ilusiones, teñidas por la esperanza y forjadas por la imaginación, también pasaríamos la vida en triste inmovilidad moral,

hombres que tuvieron muchas ilusiones, tenemos hoy locomotoras y dinamos, y aun libertades sociales y políticas.

Pues otro tanto podemos decir de las ciencias, como ordenamiento racional de los hechos. Todas ellas se habrán fabricado sobre los cimientos de la realidad; pero por el impulso creador de las hipótesis, desde la hipótesis de la atracción astronómica hasta la maravillosa é inagotable teoría de las ondulaciones del éter.

Lo que hay es que ni las ilusiones ni las hipótesis se estancan ni se detienen.

Cuando una ilusión muere, surge de sus cenizas otra ilusión más hermosa y más viva; á la hora de la muerte nace la esperanza de la inmortalidad.

Y así, en las ciencias también, las hipótesis tienen su desarrollo y su evolución. Cuando una hipótesis resulta impotente, viene otra más amplia que comprende en sí, virtualmente, todas las anteriores y que da nuevo aliento á la ciencia.

Todo este preámbulo larguísimo, es para decir á mis lectores que á propósito de los rayos X, de esos rayos misteriosos, que atraviesan los cuerpos opacos, que provocan la fluorescencia, haciéndose en ella visibies, y que gravan las imágenes, ó, por mejor decir, las sombras, en la plancha fotográfica; á propósito de la luz invisible, repito, ya se han hecho una serie de hipótesis, sin llegar, todavía, á ninguna definitiva y universalmente aceptada.

Empezaron por creer algunos que los rayos X eran los rayos catódicos; es decir, los engendrados en el polo negativo de un tubo de Crookes al pasar la electricidad por el vacío de dicha tubo.

Se desechó después esta idea, y se dió, por decirlo así, personalidad á los rayos X, pero suponiendo que eran una transformación de los rayos catódicos al pasar por el cristal.

Se ha convenido después en que los rayos del profesor alemán se engendran en la fluorescencia que en el vidrio provocan los rayos catódicos.



El hecho grosero, la hora presente, el apetito de cada instante, lo que viésemos y tocásemos en cada momento: tal sería nuestro mundo. Sin su Dulcinea no hubiera corrido Don Quijote sus admirables aventuras.

Pues algo así sucede en la ciencia. Los hechos constituyen su parte material: la piedra cae; el calor calienta; la luz alumbrá, y unas cuantas leyes empíricas, en las que, solo por ser leyes, ya entra en juego la imaginación y ya asoma la mayor de las hipótesis; ¡qué digo hipótesis! la fe, la creencia en un orden inmutable, en relaciones que no cambian, ó que cambian con extraordinaria lentitud.

Pero la hermosura de la ciencia, sus rasgos semidivinos, en las *grandes hipótesis* se fundan.

De ellas arranca su poder adivinatorio; ellas son el estímulo de nuevas experiencias; ellas ensanchan los horizontes científicos; ellas achican los fueros, ya viejos, de la casualidad; ellas dan proporciones y ordenamiento y clasificación, por lo tanto, al caos confuso de los fenómenos.

Una ciencia sin hipótesis y sin leyes supremas de esas hipótesis desprendidas, no es más que insulso é irresistible inventario de hechos sueltos.

Se dirá, tal vez, que así como las ilusiones son falsas, son falsas las hipótesis y que no sirven más que para crear una ciencia ilusoria.

Pero ¿quién puede afirmar que son absolutamente falsas todas las ilusiones? ¿que no contienen muchas de ellas vigorosos elementos de realidad? ¿y que no son, sobre todo, enérgicas fuerzas impulsivas del ser humano?

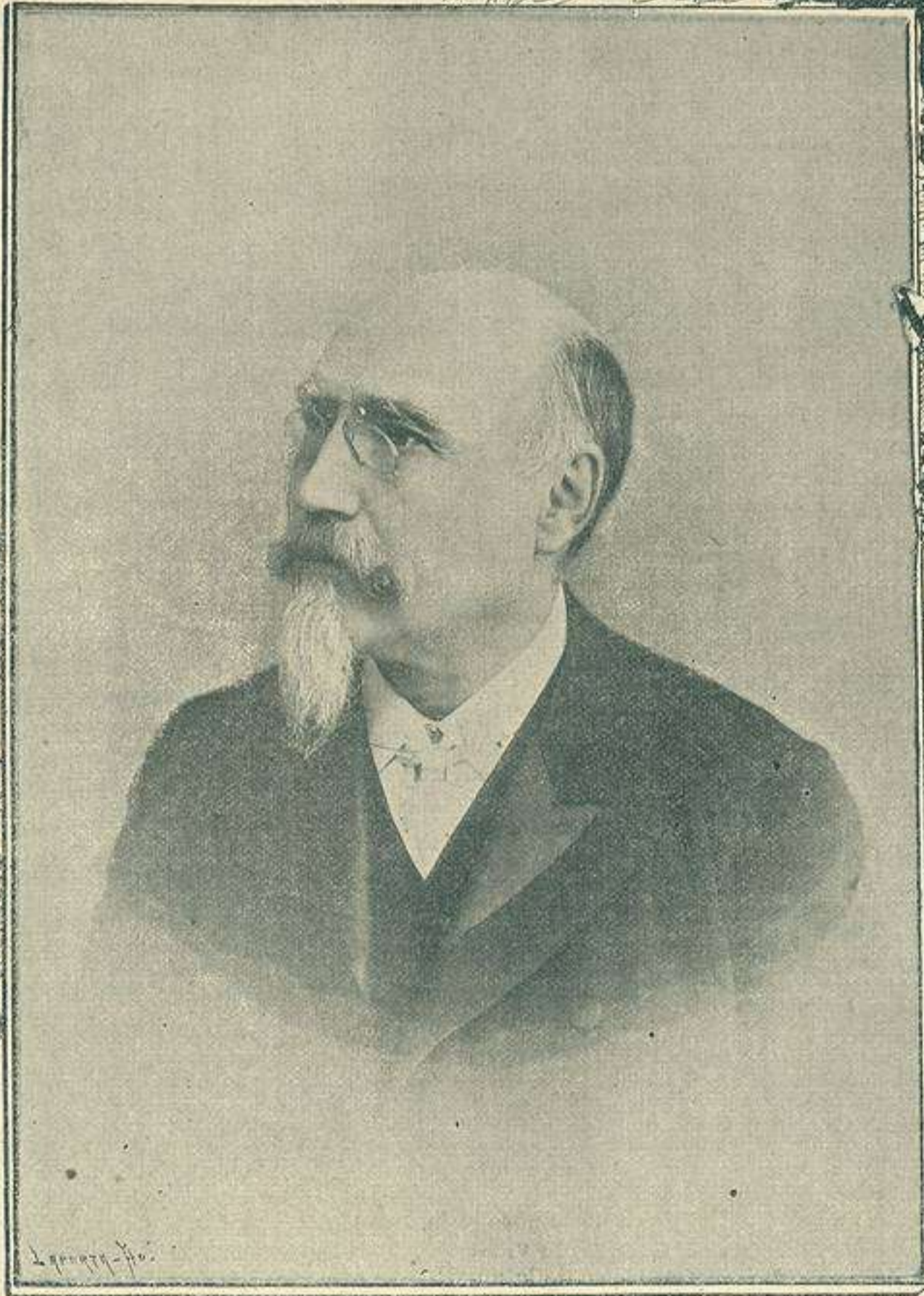
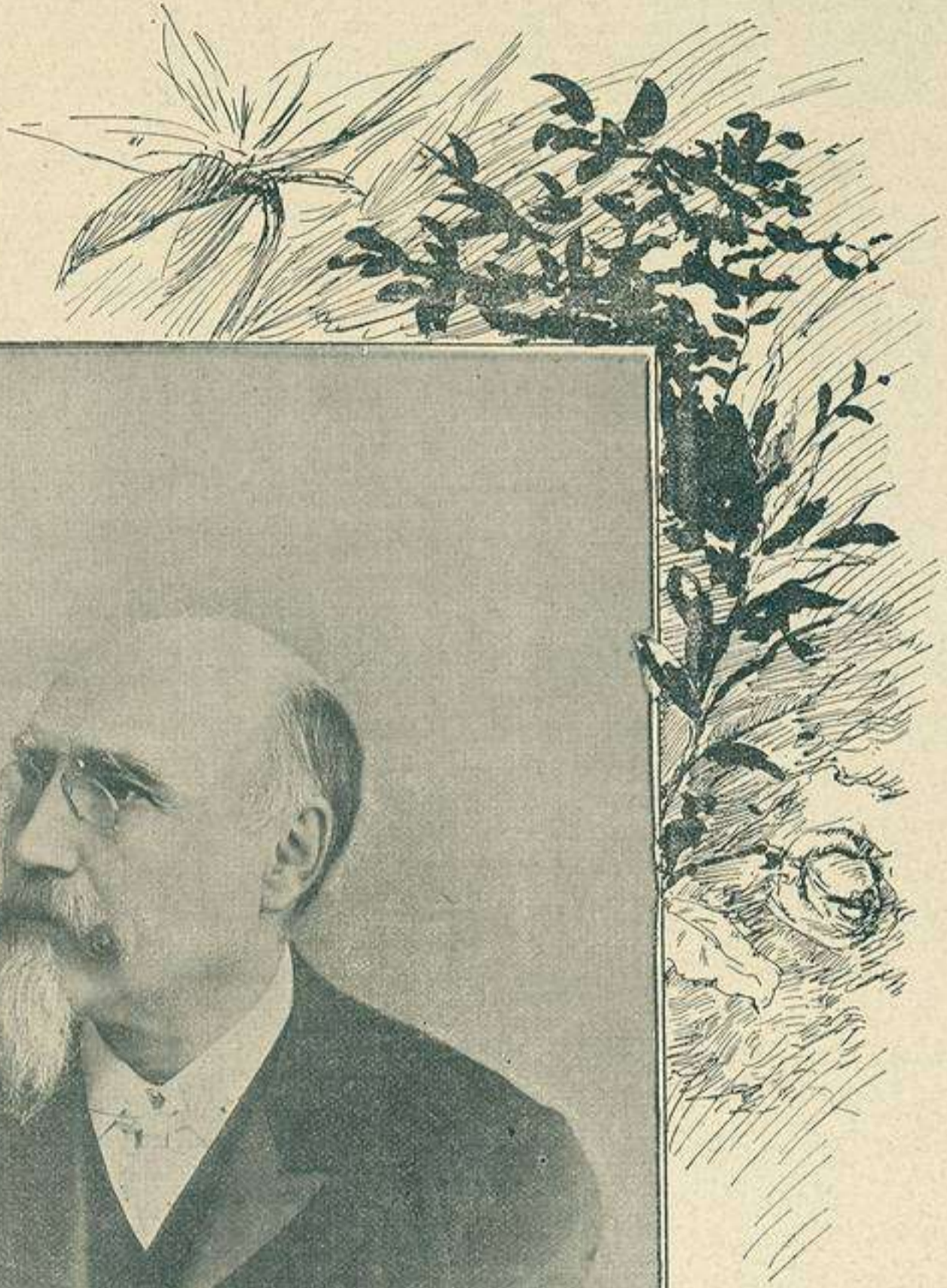
Yo creo que sin ilusiones estaríamos todavía en la barbarie. Toda nuestra civilización no es más que un maravilloso tejido de una parte de las ilusiones que han revoloteado por los cerebros de cuantos hombres han existido. A *soplos de ilusión* se han realizado todas las bellezas artísticas, se han realizado todos los descubrimientos, se han elaborado todas las ciencias, se han conseguido todos los triunfos en el orden del derecho humano. Porque hubo



Y se ha supuesto, alternativamente, que eran vibraciones transversales del éter, engendradas en la mancha fluorescente á que nos hemos referido.

O bien que eran vibraciones longitudinales del éter, engendradas siempre en dicha fluorescencia.

Se ha prescindido, por último, de los tubos de Geissler y de Crookes; y es hoy dominante la idea de que los rayos X pueden nacer en toda fluorescencia de cualquier modo que se pro-

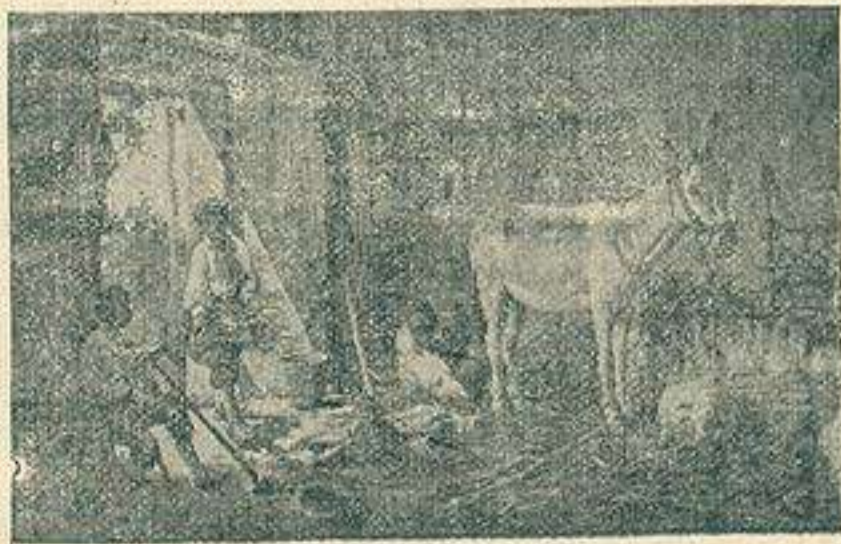


ovque; lo mismo por la electricidad que por la insolación.

Ni falta quien suponga que los rayos X son de naturaleza eléctrica, al ver sus efectos sobre un electrómetro; y hay quien admite, por último, que son rayos de transición entre los rayos luminosos y los que pudiéramos llamar rayos eléctricos.

He aquí una serie de hipótesis, de ilusiones si se quiere, hoy inconsistentes, pero que pueden ser mañana fundamento sólido de nuevas teorías, como son las ilusiones que hoy nos forjamos, misteriosos y fantásticos obreros del porvenir.

**JOSÉ ECHEGARAY.**



**ROMERO BARRROS.—Descanso.**



**ROMERO BARRROS.—Un paisaje.**



Los pájaros del bosque  
tocan diana,  
y el eco de sus cantos  
despierta el alba.  
¡Pobre alma mía!  
dejar también tus locos  
sueños de dicha.

Con su luz implacable  
la nueva aurora  
borra tu última noche  
de amor y gloria.....  
¡Alza! ¡despierta!  
llegó de la partida  
la hora funesta.

Dadme mi viejo báculo  
de peregrino,  
que los días de gracia  
ya han trascendido.....  
¡Cuán breves fueron!  
¡que despertar tan triste!  
¡que hermoso sueño!

Adiós, verde montaña,  
claro horizonte  
solitaria campiña,  
fragante bosque.....  
Rocas agrestes  
pájaros y arroyuelos  
¡adiós por siempre!

Cuando la nueva luna  
venga á este valle,  
no me hallará perdido  
bajo los árboles,  
ni allí callada  
mitigará mis penas  
con sus miradas.

Viajeros solitarios  
somos ¡oh luna!  
yo en la escabrosa tierra  
tu en esa altura,  
Lejos y á solas,  
aun podemos amarnos  
con la memoria.

Y cante eternamente  
nuestros amores  
el río sonoro  
rey de los montes,  
Dios de estos árboles  
señor de tantas flores  
alma del valle.

Más ¡ay! que todo pasa  
y es nuestra vida  
fugaz, transitoria  
como la brisa,  
como las nubes  
como esas transparentes  
ondas azules.

Y atravesando el tiempo  
van nuestros días,  
como cruzan los mares  
las golondrinas,  
que un nido dejan  
y otro nido demandan  
á extraña tierra.

¡Ay del hogar paterno  
que abandonara!  
¡Ay del hogar que sueñan  
mis esperanzas!  
¡Vanos delirios!  
¡Cuna y tumba se llaman  
esos dos nidos!

Pero no te acongojes,  
mi pobre vida,  
y al borde de la muerte  
duerme tranquila;  
duerme y sueña,  
que el amor es el sueño  
de la existencia.

.....  
Ya brilla el sol..... ¡Ay, misero!  
Llegó el momento.....  
A dar el adiós último  
voy á los ecos.  
¡Ecos del monte  
guardad en vuestras grutas  
su dulce nombre!

En mi nombre aprendisteis  
á pronunciarlo,  
y, cual yó, lo cantabáis  
enamorados...  
¡Ecos dormidos,  
adiós!..... ¡Poblad el aire  
con mis suspiros!

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

A un empresario de Cádiz  
ocurriósele encargar  
á un amigo que tenía  
en Madrid, hombre formal,  
pero que, por su carácter,  
ni fué al teatro jamás,  
ni un título conocía  
de una producción teatral,  
que viese á un actor notable  
que quería contratar,  
para saber condiciones  
y, como punto esencial,  
las obras de repertorio  
que pudiera ejecutar.

—Pues yo, le dijo el artista  
cuando fué á verle, hago ya  
zarzuelas, ya obras de verso,  
ya ambas cosas á la par,  
que hoy al artista hace falta  
ser artista general.

—Bien, bien; lo que se desea  
es saber qué obras serán  
las que usted hará.

—Yo tengo  
repertorio «colosal».  
Otro con más repertorio  
no lo ha habido ni lo habrá.  
Yo tengo *Los pantalones*  
de Barranco, de Vital  
tengo *El sombrero de copa*,  
*La levita* de Gaspar,  
de Ramos tengo *El chaleco*  
*blanco*, de Jackson Veyan  
y Chueca *Las zapatillas*,  
que aun no he podido estrenar;  
pero que están listas; tengo  
*La capa de José*, el frac  
de Tarrayo y *Ropa blanca*  
de Puente y Brañas... ¿Qué tai?  
¡Ah! También debo decirle,  
y de ese modo podrá  
de mis varias aptitudes  
formar idea cabal,  
que hago muy bien *Mal de ojo*...  
—¡Caramba!

Y tengo además  
*Malas tentaciones*.  
—¿Eh?  
—*Trapisondas por bondad*.  
—¡Ah!

—*Cabeza de chorlito*,  
*El pecado original*.  
—¡Oh!

—*Un crimen misterioso*  
y, en fin, para terminar,  
*El corazón de un bandido*.

No queriendo escuchar más  
el «improvisado agente»  
con desconcertada faz  
salió escapado, como alma  
que se lleva Satanás,  
y escribió al punto á su amigo  
lo ocurrido de pe á pa,  
terminando de este modo:

«Como tú comprenderás,  
ese artista que querías  
es un hombre criminal,  
cínico, desvergonzado,  
malhechor y lenguaraz.  
Tiene defectos y aun crímenes  
que se atreve á declarar  
con un cinismo que espanta,  
y aun de ropa anda tal mal,  
que toda es de unos señores  
que él nombra sin vacilar,  
y así ¡hasta la ropa blanca!  
prestada la llevará.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ



I

La hermosura es frecuentemente en las mujeres causa de su perdición; y cuando la hermosura es tan grande como era la de Rosario Trigueros, heroína de esta historia, bien puede temerse que de ella sobrevengan muchos males si no está acompañada de superiores luces de la inteligencia y de poderosas virtudes de la voluntad. Porque allí donde no reina la armonía no se espere el bien que nunca nace de la hipertrofia y el desorden; y téngase por seguro que si la belleza no anda unida á la virtud y magnificada por los esplendores de la verdad, será cosa ficticia y de aparato, que hoy es y mañana fenece, dejando tras de sí descendencia de duelos y sin sabores.

Viene todo esto á cuento pensando en la hermosura de Rosario, la cual era superior á todo encomio: la cara de aquella niña parecía suma y compendio de todas las perfecciones naturales; y su cuerpo, modelo acabado de todo linaje de gallardías. Aunque Rosario vivía en Madrid, no había nacido en la corte: de fuera trajo aquel donaire y aquella gracia con que pudiera detener el brio de las buenas mozas que en el Avapiés hacen teatro donde lucir su inagotable gentileza.

Cuando Rosario perdió á sus padres siendo aun muy niña, encontró protección en una anciana tía que en la corte vegetaba con los productos de una modesta vindedad: Rosario entró en casa de su tía Doña Desposorios como entra un pajarillo retozón en una jaula envejecida; y nunca pudo, en verdad, la caritativa parienta arrepentirse de haber recogido á la huérfana desvalida, pues ésta, por lo alegre, trabajadora y amante, merecía ser prolijada por la mejor señora del mundo.

Cuando Rosario llegó á los diez y ocho años de edad, era la más hermosa muchacha del distrito. No hay que extrañar, pues, que los hombres pusieran en ella el blanco de sus enamorados deseos, aspirando á conseguir sus finezas y á arrebatarse á la pobre mujer un bien precioso que no se recupera con el llanto ni el arrepentimiento. Pero entre todos los amantes, era Sebastián Girón el que más paseaba la calle de Rosario y el que con mayor constancia sutría la aparente esquivez de la moza. Perseveró y venció. Un día pudo hablarla, diciéndola mil gratas tonterías que ella escuchó embelesada. Nunca había oído Rosario tan dulces requiebros, ni creía que existieran más que en los folletines que Doña Desposorios conservaba como testimonio de veinte años de suscripción á LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA; así es que aquella canturía en prosa, entonada por quien parecía muy diestro en el arte de enamorar doncellas, tuvo para Rosario sonos de música divina.

Además, Sebastián Girón era, al parecer, una gran persona: alto, robusto, guapo, elegante y decididor; según él decía, era abogado, periodista, poeta y futuro diputado en Cortes; pertenecía á una familia aristocrática, que se empeñaba en casarle con la hija de un grande de España, aunque el joven, mirando por la independencia de su corazón, se había rebelado contra la autoridad paterna, que no puede oponerse á la libre voluntad de los hijos cuando de tomar estado se trata; Sebastián Girón había jurado no tener más esposa que la dulce, la bella, la santa Rosario Trigueros; y si Rosario le era ingrata y despreciaba aquel amor tan puro y tan noble, él, el descendiente de cien condes, se tiraría por el Viaducto, ó, cuando menos, se iría á la Trapa de Getafe á enterrarse vivo para llorar eternamente su desdicha. Pero si ella correspondía á aquel amor, entonces todo sería vida y dulzura: como en jaula nueva habitarían un precioso hotel en el barrio de Salamanca; saldrían solos en carruaje á pasear por los más solitarios paseos, lejos de las indiscretas miradas de la multitud; después, por el verano, irían á algún pintoresco pueblecillo del Cantábrico, y como dos niños, correrían y saltarían por la playa y por el bosque, y hasta se lanzarían audazmente en una lancha al mar, sin miedo á las olas embravecidas.

Estas halagadoras promesas ablandaron el corazón de la joven, y la rindieron á la voluntad de su amante. El cual obsequiaba á Rosario con muchos presentes que ella guardaba en lo más secreto del baul, temerosa de que la buena tía los viese y se los apro-

piase por profanos y mefistofélicos. Entre aquellas joyas, una sobre todo brillaba con superior esplendidez y con inusitada riqueza: era una soberbia cruz de oro macizo, rematada por una corona conchal y toda salpicada de diamantes y otras piedras finas.

—Toma esta cruz, Rosario—dijo una noche Girón al despedirse de su amada;—sólo tú puedes llevarla sin cometer un sacrilegio, porque esta cruz fué de mi madre, que desde el cielo bendecirá nuestro amor. Dios haga que pronto pueda vencer los obstáculos que me impiden llamarte esposa.

II

Rosario estaba inconsolable porque Sebastián no volvía; apenas podía creer la pobre mujer que un amor tan grande se hubiese concluido tan pronto. ¡Dios Eterno! ¿Dónde estaría Sebastián? Porque ni pasaba por la calle, ni contestaba á carta alguna, ni persona viviente daba cuenta de él. Desde la noche aquella en que se despidió de Rosario entregándole la cruz de oro, el descendiente de cien condes había desaparecido como si le hubiese tragado la tierra.

Rosario y su niño (fruto de aquellos ilícitos amores) vivían solos en una bubardilla desde que el dolor y la vergüenza llevaron al cementerio á la señora doña Desposorios. Por fortuna, Rosario sabía sacar del trabajo de sus manos el pan que ella y su niño habían menester: moviendo la rueda de la máquina Singer para ganar una peseta diaria pasaba las horas la desventurada joven, mientras el chiquillo se arrastraba por el suelo entregado á sus diversiones infantiles.

Pero el trabajo escaseaba algunas veces poniendo en grave aprieto á Rosario, y añadiendo los dolores de la miseria al frío de la soledad y del abandono. Pasaban semanas enteras sin comer más que pan, y días hubo en que la madre no probó alimento para que no le faltase al niño. Agotados los recursos, empeñada la ropa y los trastos de la humilde habitación, llegó Rosario hasta el extremo de salir de noche á pedir limosna, oyendo los mil groseros desprecios con que la brutalidad ahita rechaza las peticiones de la dulzura hambrienta. Sin embargo, Rosario soportaba su infortunio con grandísima entereza de alma, pensando que el dolor es un castigo del cielo para restablecer el orden moral perturbado y el fuego sacralísimo en que se purifican los corazones sensibles.

Como postrer remedio empeñó en día de gran apuro la propia máquina de coser; y cuando la garra innoble de la usura se disponía á arrebatarse á Rosario el instrumento de su honradísimo trabajo, la pobre mujer haciendo un supremo esfuerzo se decidió á empeñar ¡la cruz de Sebastián! aquella reliquia venerable que como cosa intangible y santa llevaba colgada siempre sobre el pecho.

¡Con qué agudo y penetrante dolor, con qué profundo remordimiento se presentó en la oficina del Monte de Piedad y puso la preciosa alhaja en el mostrador!

Rosario creía que aquello era un grandísimo pecado, algo así como la venta de la ejecutoria de su honra de virgen seducida y de su dolor de madre abandonada.



—¡Es falsa!—dijo sécamente el empleado devolviendo la cruz Rosario;—es de metal y no se puede dar nada por ella.

Rosario salió de aquel lugar como loca y poseída del vértigo; cruzó vertiginosamente calles y plazas y subió las infinitas escaleras de su habitación. Allí, estrechando contra su corazón al niño, único bien legítimo que le quedaba, prorrumpió en amargo llanto y en las más tristes lamentaciones. Hasta aquel momento había creído en el amor pasado, en el cariño fugaz del hombre que en tiempos más felices acercó á los labios de ella la copa de la felicidad terrena: ahora comprendía el negro engaño, la vil mentira, la atroz injuria de que había sido víctima inocente.

—¡Dios mio, Dios mio!—pensaba mirando en la cruz falsa la historia de sus desventurados amores.—¿Es posible que haya en el mundo seres tan malos?

—Sí,—parecía contestarle su corazón;— el mundo te dará muchas cruces espléndidas, pero falsas; solo hay una cruz verdadera: el dolor cristiano que purifica y ennoblece.

ALVARO L. NÚÑEZ.



ISIDRO GIL.—Dos cabezas de estudio.



OLIVER AZNAR.—Cabeza de estudio.



ROMERO DE TORRES.—Cabeza de estudio



# EL VETERANO

La escena en una cocina de un lugar de la provincia de Sevilla, y todas las tardes y todas las noches.

Porque el señor Juan, que era el alma de la reunión, se quedaba en casa todos los días de la semana para recibir á los amigos.

Es decir, se quedaba en la posada que había tomado en traspaso gratuito de un camarada que murió *al vintestato*, según el señor Juan; lo que significaba, también al decir del mismo: «en estado soltero» ó en «estado libre.»

Era aquella una casa buena y grande y en ella paraban todos los caballeros que iban de viaje, y la arriería y los *mozos güenos*, que gustaban del trato del dueño de la posada.

Allí vivía con una mujer, su esposa legítima, que había sido una moza buena y costado algunas «puñalás» á los admiradores.

Una mujer «de una vez», que lo mismo servía para el gobierno de una casa, que para acompañar á su hombre en los peligros y, en caso de necesidad, manejar un retaco, igual que un varón bien acreditado de serlo.

Con ella y con un par de criados escogidos, vivía el dueño de la posada, poco menos que el sultán de Constantinopla.

El señor Juan era el amo del pueblo.

Las personas principales le daban la mano y los pobres le miraban como á un padre, y los guapos como á un maestro.

Era el señor Juan un hombre alto, de buena estampa, á pesar de sus sesenta años, que no representaba, ágil, robusto, y «sacudido de carnes.»

Sus ojos, medio velados por los párpados, que se despliegan poco á poco, así como para avisarnos de la caída del telón y fin de la obra, conservaban brillo y expresión juveniles.

Y en rompiendo á hablar el señor Juan y á relatar episodios de su vida militar y política, magnetizaba á los mozos.

En la posada nunca faltaban parroquianos, viandantes, aceiteros de Córdoba, aperaores y amigos y admiradores entusiastas de aquel «hombre grande.»

—Dios me perdone, que er sabe que no he matao á ningun hombre malamente, en mi vida.

Así justificaba el señor Juan algunos «milagros» que le achacaban, y particularmente el último, realizado pocos días antes.

—¿Pero cómo fué ello, señor Juan?—le preguntaban algunos mozos guapos, de los que le «hacían la tertulia.»

—Pues muy sencillo—contó el veterano—y no me gusta hablar de esas cosas; porque cada hombre tiene sus cosas, y se me antoja feo el «contale uno á la gente sus guapesa.» Ya no hay guapos.

Los circunstantes callaron.

La guardia civil vino á quitar muchos moños. En mi tiempo, no había guardias civiles, y podía un hombre de resuello, con un buen caballo y una buena *bocacha* meterse en faena. No había

ferrocarriles, ni telegrafos, ni nada, más que buena intención.

—¿Y Curro Bolea se empeñó?...

—Curro había sido el terror de la provincia. Vino á buscarme y me dijo: «Usted ha sido un guapo, y así me gusta á mí la gente.» Le dí las gracias y me replicó: «No hay por qué; pero que se me antoja á mí que usted no ha sido tan guapo, ni mucho menos.» Bien pú ser, respondí. «Y lo que es más—añadió—que ha sido usted y es un infundioso, que ni mata ni ha matado en jamás una corniz.»

—No hice caso—continuó el señor Juan;—pero tanto me persiguió y achuchó, que no tuve más recurso que acudir al gobernador de la provincia,

para suplicarle que me librase de un compromiso con aquel hombre. El gobernador sonrió y me dijo: «Vayastécon Dios, que ya nos conocemos.»

—Y el Curro volvió á perseguirme—dijo el señor Juan,—y yo fi á quejarme al capitán general, que me despidió diciéndome que fuera á ver al gobernador. Y fi al presidente de la «Audencia», y al alcalde... y nada.

—Eso está bueno.

—Nadie me atendió, y Curro Bolea se me presentó una noche, y sin más palabra, levantó la mano derecha y dió una bofetá á mi mujer, y me dijo: «Y á ti no te la doy por lástima.»

—¡Ea, no quiero que me perdones más!—le dije. Y falimos los dos al campo.

Lo que pasó fué muy breve: enantes de que pudiera Curro me nearse, le toqué y... cayó como quien era. ¡Dios le haya perdonado!

De seguida me presenté á la justicia, y todos recordaron que yo había solicitado su auxilio, y que no me atendieron.

—¿Y eso le sirvió á usted?...—preguntó uno de los concurrentes.

—Para que se declarase que había matado en defensa propia. ¡Pobre Curro! Era guapo, sí... pero... se metía en el terreno de la fiera. ¿Cómo ha de ser?

Pa mi vejez este dolor... se clavó él mismo.

—Pues que allá nos espere muchos años.

Esta fué la oración tñebre que le dedicó uno de los presentes. El señor Juan quedó pensativo.

Después murmuró:

—¿Se acordará uno á la hora e la muerte de todo lo que ha jecho malo en er mundo? Yo, en buena hora lo diga, no tengo de qué arrepentirme, puede decirse.

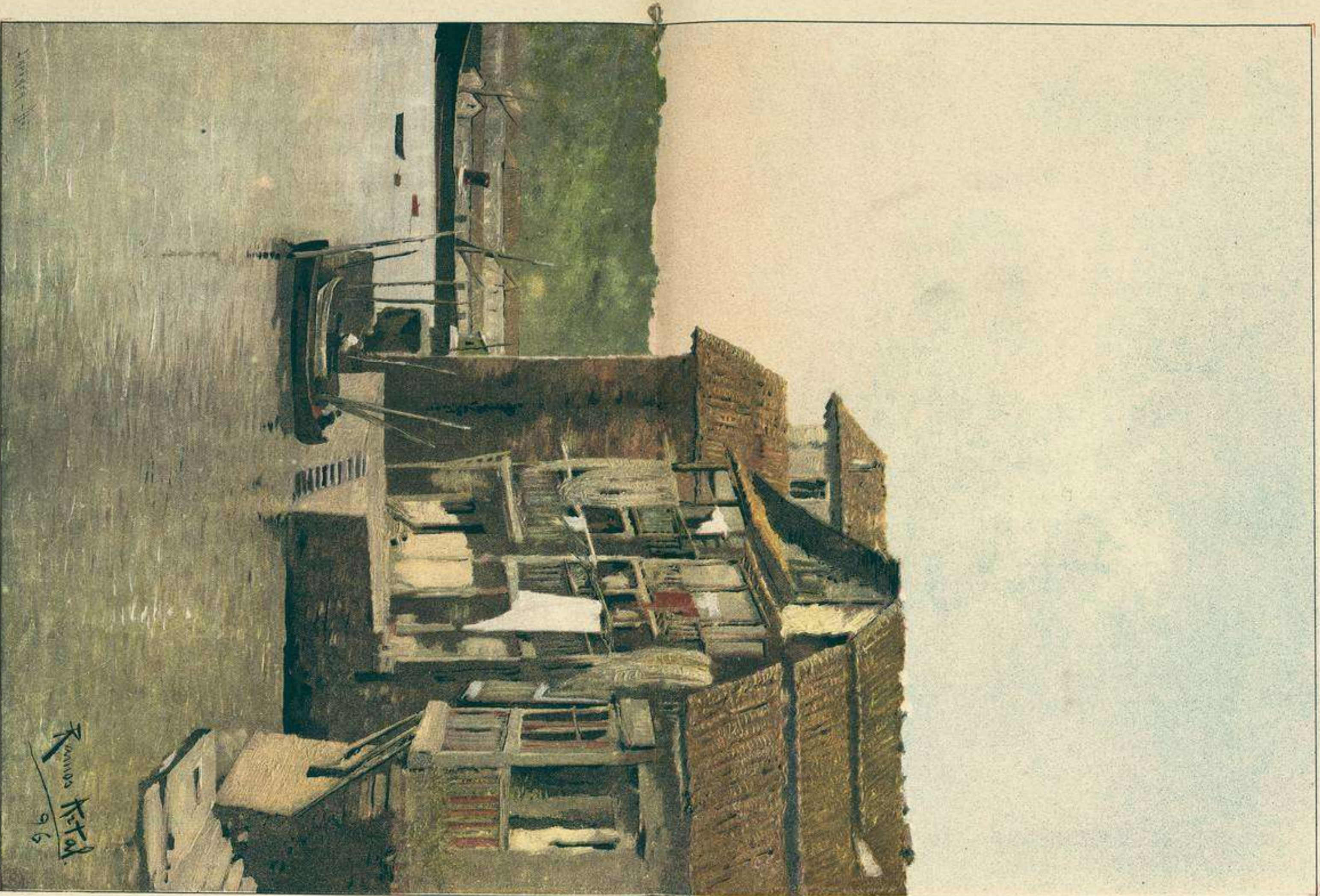
EDUARDO DE PALACIO.



—Relámpago es el genio; á su destello, lo triste causa horror, lo bello es bello; cuando luce ante el sol, el día alegre, la noche ante su luz se hace más negra... Eso tu madre te contaba un día, y al contártelo así decir quería que, si en un alma, cual la tuya, encanta, en un mal corazón el genio espanta.

CAMPOAMOR.

RAMOS ARTAL.



COMPOSICIÓN DE RAMOS ARTAL

RAMOS ARTAL

RECUERDOS DE PASAJES.



# PARTIDA VOLANTE

La marquesa de Salavilla es una hermosa mujer de treinta y ocho años—confesados—con cuyo amor *debutan* todos los jóvenes de la aristocracia apenas se inscriben en el *Nuevo Club*, guían un faetón y pierden los primeros miles de reales en el Casino de Biarritz.

Hacer la historia de sus ligeros entretenimientos amorosos fuera empresa temeraria; pero como su especialidad son los jóvenes recién salidos del cascarón, ha habido un malicioso (el número 22 de su catálogo) que en un instante de injustificado despecho se atrevió á comprarla con una máquina de invención moderna muy útil en las granjas agrícolas, y que para el desarrollo de los polluelos suple el calor maternal con el abrigo de sus franelas y el vaho de sus depósitos de agua caliente.

Por fortuna, la marquesa ignora el bochornoso calificativo de su número 22 y sigue recomendándolo con el mismo cariño á todas las muchachas casaderas hijas de banqueros ó ultramarinos enriquecidos.

Aparte de esto, ninguna tan apreciada, tan festejada y tan querida en la buena sociedad como Ana María Salavilla.

Sus antiguos amantes, que recuerdan con cierto melancólico placer el tiempo en que nacían á la par su primera pasión y las guías de sus bigotes, no pierden ocasión de manifestar á la marquesa su gratitud por aquellas primeras lecciones amorosas que les dió tan utilísimas después en cuantas empresas de alguna importancia han realizado en el accidentado curso de sus elegantes vidas.

La marquesa, por su parte, mira con cariñosa satisfacción los adelantos de sus *íntimos*; les anima en los momentos de lucha; goza con sus triunfos; les consuela en sus fracasos, y canta y pregoná sus victorias.

Hace más. Permanece en la iglesia largas horas rezando para que Dios les perdone sus extravíos, y se confiesa dos veces á la semana, temiendo, á mi juicio con harta razón, que sus protegidos no lo hagan tan á menudo como fuera necesario. De esta manera cumple por todos y va barrenando suavemente el cielo para colar en él de refilón á los 27 números de su catálogo.

En cuanto á ella, dicho se está que entrará en las regiones empíreas por derecho propio, en día de recepción solemne, con marcha real y gran parada de ángeles.

\*  
\*\*

¡Veintisiete! No hace mucho que el condesito de Serna, que tiene un doble *poney*, y pelusilla de melocotón encima del labio superior, aspiró á la loca fortuna de formar en las filas con el número vigésimoctavo.

La cosa merecía pensarse; la marquesa no es una mujer que ame á nadie de buenas á primeras, salvo en los casos de fuerza mayor, como, por ejemplo, si después de un almuerzo se lo exige un pretendiente con el cuchillo de postre en la mano y la terrible idea del suicidio en el alma.

Además de esto, el condado de Serna es á lo sumo de principios de siglo, y la marquesa tiene decidida manía por los muebles y los títulos antiguos. ¿Qué hacer en este caso?

Y luego, en buena época se le había ocurrido al desventurado joven aspirar á su cariño, cuando aquel maldito pleito sobre el vínculo de los Ulloas, la tenía pendiente de la resolución de los señores del márgen y sobre todo cuando (acerquen ustedes el oído), se veía en la precisión de desenterrar su partida de bautismo para probar á la Audiencia que ella era hija de sus padres, como estos lo fueron de los suyos, y estos todavía de los que les dieron el ser, y así sucesivamente hasta llegar al fundador del vínculo que murió sin hijos.

\*  
\*\*

Una tarde fué la marquesa, como de costumbre, al Retiro.

El conde de Serna seguía también, como de costumbre, su coche al trote de su doble *poney*.

Cada vuelta hasta el Angel Cardo era una declaración de amor del conde. A la tercera fué tan sostenida é intensa la mirada del galán, que el enamorado joven perdió el estribo del pié derecho. ¡Buena vara!

La marquesa volvió á su hotel pensativa. Dijo que no estaba para nadie y se encerró en su gabinete. Después de un instante de profunda meditación, exclamó de un modo trágico:]

—¡No hay más remedio; tengo que enviársela!— y se dirigió á su secreter.

Del secreter sacó una llavecita, abrió con esta un bargueño auténtico y en uno de los cajones encontró otra llave aun más dimi-

nuta. Luego hizo jugar el resorte del secreto del mueble y apareció en su interior un cofrecito cincelado.

t Abrió con la llave diminuta el cofrecillo y cogió por fin con mano trémula un papel allí guardado.

Al hacer esto, sonaron en la puerta del gabinete unos golpecitos discretos y la marquesa soltó aterrada el papel.

¡Acababan de rodar por el suelo sus verdaderos cuarenta y seis años! Aquel papel era su partida de bautismo.

\*  
\*\*

La doncella favorita de la marquesa, causante de aquel derrumbamiento de su edad, entregó á Ana María una carta que abrió aquella con precipitación, leyendo lo siguiente:

«Marquesa:

Yo no me atrevo á aspirar á la felicidad que sueño, ¿pero ha de ser usted siempre inflexible conmigo? Nada más que un poquito de esperanza á su apasionado.

ENRIQUE SERNA.»

Por el rostro de la marquesa pasó un cefirillo primaveral que la hizo sonreír deliciosamente. Al mismo tiempo, fuese sin intención ó con ella, puso el pié encima de su partida de bautismo que continuaba en el suelo.

Después, arrepentida de su profanación, la recogió respetuosamente pero con la mano izquierda, puesto que en la derecha conservaba la carta del conde, y con aquellas dos tendencias contradictorias en las manos, se sentó delante de una mesita de laca.

La partida de bautismo decía: «que la niña Ana María Francisca Cristina, hija legítima de los Excmos. Sres. Marqueses de Salavilla, fué bautizada solemnemente el día tantos de tal mes, ¡hacia cuarenta y seis años! en la parroquia de Santa María, de Briviesca.» (Aviso á los biógrafos que la creyesen madrileña).

Y yo suplico á los lectores que se fijen en el horroroso combate moral que en aquellos instantes tenía que sostener la marquesa.

Por un lado, la carta del conde pidiéndole misericordia, y por otro su partida de bautismo, conjurándola á abandonar los senderos del amor por los de la devoción y el tresillo.

La lucha era terrible; la carta del conde y la partida de bautismo pasaban sucesivamente de la mano izquierda á la derecha, según la tendencia que veucía, hasta que al fin la marquesa se decidió por el siguiente temperamento medio; escribir al conde invitándole á comer el día siguiente, y enviar al notario el maldonado documento con objeto de que sacase la copia que era necesario presentar en el pleito.

Se armó al efecto de pluma y papel, y escribió con letra muy menudita al conde:

«Le espero á usted á comer mañana á las siete»; ni una palabra más, y luego al notario con letra muy grande:

«Adjunta mi partida de bautismo; le agradeceré me la devuelva con persona de confianza».

Puso los correspondientes sobres, llamó para que llevasen las dos cartas á sus respectivos destinos, después suspiró, se miró al espejo, se encontró muy guapa todavía, y pensó en los veintisiete y en Enrique, que probablemente, ¡oh debilidad femenina! le iba á conducir al precipicio número veintiocho.

\*  
\*\*

A las seis y media de la tarde siguiente esperaba vestida con cierta severa coquetería la llegada del conde.

Estaba nerviosa como nunca; á cada cada instante dirigía una mirada al reloj y otra al espejo.

A veces se encontraba fea y á veces hermosa; tan pronto tenía treinta y ocho como cuarenta y seis años.

Contaba maquinalmente el tic-tac del reloj, y se detenía aterrada en el número cuarenta.

Por fin oyó ruido, se preparó al combate, adoptando una graciosa postura y una afectuosa sonrisa, y se abrió la puerta del gabinete.

Entonces, con una calma indigna de un amante esperado con tanta impaciencia, apareció... el notario correctamente vestido de frac, y reflejando en su cara, menos expresiva que cualquier documento público, la satisfacción que le producía el ser convidado á la mesa de dama de tan elevado linaje y alta preponderancia en la buena sociedad madrileña.

La partida de bautismo de la maquesa había ido á parar á manos del enamorado conde de Serna por un providencial cambio de sobres.

\*  
\*\*

Seis días estuvo la infeliz gravemente enferma de una dolencia desconocida.

El conde le devolvió el odiado papelucho con una carta delicadamente irónica. Carta y partida de bautismo perecieron á manos de la marquesa.

Pero como para continuar el pleito era indispensable el documento, hubo de pedir nueva copia al párroco de Santa María de Briviesca.

Una mañana estaba la marquesa en su lecho y cerca su doncella favorita leyéndola los periódicos.

Era como siempre tiempo de temores y revueltas en nuestra dichosa España.

Iba la lectora por la sección de noticias, y dió con la siguiente:

«Según rumores que no hemos tenido ocasión de comprobar en los centros oficiales, parece que en la provincia de Burgos, término de Briviesca, ha aparecido una partida bastante numerosa.»

La marquesa, incorporándose súbitamente, gritó: «¡Dios santo, es la mía que se ha escapado del libro parroquial!»

Y cayó como muerta.

JOSÉ DE ROURE

¡Celo del fanatismo, injusto celo!  
Por él la plebe de Judá se ensaña,  
y la calva aridez de la montaña  
riega con sangre que fecunda el suelo.  
Hoy cae sobre Israel mortal flagelo,  
en nombre del espíritu sin saña,  
que con cetro reinó de leve caña,  
y venció con palabra de consuelo.

Nunca para blasón del fanatismo  
cñera el Justo la áspera corona,  
afrenta humana á caridad divina.

Si Cristo ayer, hoy muere el cristianismo:  
crucificó aquel pueblo su persona,  
pero éste sacrifica su doctrina.

EUGENIO SELLÉS

## GALERIA ARTISTICA

### RAMOS ARTAL

Entre los paisajistas españoles es acaso Ramos Artal uno de los que más producen, sin que la labor diaria, el trabajo incesante y la continua elección de asuntos mengüen el mérito de sus obras. No cultiva el arte en grande, aunque para ello le sobra inspiración y talento, y no ha logrado éxitos brillantes y ruidosos porque ni siquiera los ha pretendido.

Y no es que Ramos sea indiferente á los hechizos de la fama, y que como á cualquier mortal deje de halagarle el grato rumor de la lisonja pública. Es sencillamente que el popular paisajista no tiene más medio de vida que sus pinceles, y éstos no pueden estar ociosos si han de cumplir los apremios de la venta cotidiana.

Así es que la meditación reposada, la labor detenida, el amplio y genial desarrollo de una idea, son cosas vedadas á nuestro artista, que se ve reducido á ejercitar sus envidiables aptitudes pintando por las mañanas tablitas, que vende por la tarde con la impresión del pincel todavía fresca y reluciente. ¡Y qué primores derrocha en estas obras del momento, y cómo entre los juegos del pincel se adivina al maestro con plena soberanía en todos los recursos de la paleta y pleno conocimiento de las perspectivas de la naturaleza, que ha estudiado con verdadero amor de artista en sus viajes por Portugal y Francia, por Italia y Bélgica y por España toda!

Fruto de sus impresiones de viaje y recuerdo de los sitios visitados son los cuadritos que diariamente pinta y que concluirán por hacerle famoso.

¡Los viajes! He aquí la gran pasión del simpático Ramos; la que con la música, hacia la cual se orientaron primeramente sus aficiones, comparte los entusiasmos de su alma. Parece este afán de locomoción algo reñido con la más que mediana corpulencia de Artal, pues el que le conozca sabe que es hombre aplomado, recio y de amplia y voluminosa contextura. Pero con Ramos no reza lo que Quevedo decía de los hombres gordos: es ágil de cuerpo y de espíritu, y no conoce la pereza.

Cierto que para viajar se necesita también dinero; pero nuestro héroe lleva en su caja de colores cuanto necesita. Una vez tuvo la humorada de irse á Segovia; se metió en el trer, llegó á la ciudad del acueducto, y en su primer paseo por los alrededores, manchó allá entre el Parral y la Fuencisla un par de lienzos que al día siguiente le valían unos cuantos miles de reales, con los que tuvo para darse una hartada de vida cómoda y regalona y estudiar tranquilamente la campiña del Eresma.



RAMOS ARTAL

de la Escuela de Artes y Oficios. Ha sido premiado en dos exposiciones, y el Estado le ha comprado las obras premiadas.

Salud, maestro.

ROVIRA

### EMILIO SALA

Sentimos grandísima contrariedad al vernos privados, por retrasos no imputables á nuestra voluntad, de publicar el retrato y biografía del gran pintor Emilio Sala, autor del precioso cuadro al óleo titulado *El geógrafo*, con que honramos la primera plana de este número. Este cuadro pertenece á la rica galería del conocido é inteligentísimo aficionado Sr. García Vela.

Esta falta nos será perdonada, seguramente, por los amantes del arte, que conocen sobradamente las obras del eximio artista español, uno de los más geniales y castizos con que contamos y de los que más gloria dan á la patria con sus innumerables obras de extraordinario valor, que le han creado justa, brillante y europea reputación.

Rogamos al público que al examinar el croquis que publicamos, tenga presente la insuperable dificultad de reproducir con justeza y fidelidad la finura de tonos que caracteriza á las obras del inimitable colorista. Aun con las inevitables deficiencias é imperfecciones, la reproducción de *El geógrafo* da idea de la incomparable hermosura de la obra del famoso artista.

# LA MISMA CONCIENCIA ACUSA

## BALADA

A pasos agigantados  
leyendo ansioso un papel,  
Moreto cruza por el  
*Pradillo de los Ahorcados.*

Alma viviente ninguna  
viene el silencio á turbar,  
solo el que acaban de ahorcar  
cuelga á la luz de la luna.



Aquella visión le inquieta  
y reza un credo; que al fin  
es el buen don Agustín  
hombre cristiano y poeta.

Aun doblada la rodilla  
siente de la hierba el roce,  
cuando sonaron las doce  
en el reloj de la Villa.

En sobresalto cruel  
Moreto se levantó,  
y en torno á mirar volvió  
y á repasar el papel.

«Si el sitio no os pone miedo,  
«quien esto escribe, os espera  
«hoy á media noche, fuera  
«de la puerta de Toledo.

«Otro mejor no elegí,  
«porque asegura la gente

«que vos y yo solamente  
«podemos vernos allí.»

Poniendo mano á la espada,  
aunque mano temblorosa,  
Don Agustín dijo:—«¿Es cosa  
de burlas? ¡No está firmada!

«¿Quién me sacó de la villa  
á este maldito lugar?  
Aquí maté á Baltasar  
Elisio de Medinilla.»

Esto al decir, asomaba  
en su faz color del plomo,  
y su mano sobre el pomo  
con lúgubre son temblaba.

En vano el embozo cubre  
su faz, que el dolor revisó  
de palidez honda y triste  
como la vid en octubre.

Con máscara engañadora  
cubrir el dolor secreto,  
es doble dolor, Moreto;  
más en secreto se llora.

Aunque la luz al quebranto  
es consuelo baladí,  
quien llora dentro de sí  
se envenena con su llanto.

Los ojos tiende adelante  
casi cegados del miedo,  
y ve en el espacio un dedo  
que le señala constante.



Vuelve á otro lado la cara,  
y ve con fiera agonía  
que el ahorcado se movía  
sin que nadie le tocara.

De hinojos y la cabeza  
sobre el pecho doblugada  
pega á la cruz de su espada  
los labios, suspira y reza.

Mas cuando á mirar se atreve  
que un punto domina el miedo,



siempre le señala el dedo,  
siempre el ahorcado se mueve.

Febril, con medroso ahinco  
iba del reloj en pos  
contando la una, las dos,  
las tres, las cuatro, las cinco.

Así le halló la mañana  
en actitud silenciosa,  
su faz mucho más rugosa,  
su cabellera más cana.

Los ojos clava en aquel  
papel que arruga su mano,  
y grita:—«¡Dios soberano!...»  
(Estaba en blanco el papel).

VICENTE BARRANTES.

# DE EL BRILLANTE NEGRO

bajo las noches del Cantábrico, suggestionaba con no sé qué mezcla de lúgubre y risueño, de negras maldades y claras virtudes...

Un día hice un esfuerzo y le compré.

Corrí á su casa—á la de ella.— Al llegar al portal no pude resistir la tentación de contemplar una vez más mi regalo. Abri el estuche, de raso blanco, y sentí

la emoción que me producía el pensar cuánto iba á admirarla.

Creo que llamé más de una vez á su puerta. Parecía un colegial que va á su casa con un premio y saborea, de antemano, la recompensa. No sabía lo que hacía...

Pregunté por la señorita. ¡Estaba en casa! Los ojos me debieron relampaguear de alegría. Pero procuré adoptar un aire indiferente, y, entré en lo que llamábamos, su salita de confianza.

Excuso pintártela. Aquel día me pareció más hermosa que nunca, con su bata de color crema y sus inverosímiles zapatillas ribeteadas de piel, por donde se entreveía una media de delicioso lila...

Retardaba la exhibición, usando de ese refinado tormento con que nos complace contener las buenas noticias.

Hasta que conseguí despertarle una curiosidad terrible. Se ponía acariciadora, con aptitudes de gata aristocrática.

Y, abri el estuche, y se lo puse delante de la vista, de par en par, bajo la araña de la luz eléctrica.

El endemoniado brillante tuvo como un estremecimiento de luz: brillaron sus facetas como un cielo negro surcado por cohetes de mil colores.

Pero—chico—cual no sería mi sorpresa al ver su aire de decepción y al oír un significativo ¡ah! de desconsuelo.

¡Ah! ¡No sabes—dijo—lo que yo daría por un brillante como este; pero por un brillante blanco!..

¡Juzga de mi dolor! Lo único por lo que yo creí volverla loca con mi brillante, fué lo único que no supo, ó no quiso, admirar.

Te lo supondrás: no hubo otro arbitrio que comprarle otro brillante blanco exactamente igual.

Desde entónces pregunto á las mujeres el color de las piedras que las regalo.

Porque cuando decimos: negro, ellas dicen: blanco. Es una verdad cuyo olvido me costó caro.



RAFAEL CAMARÓN.

Y prosiguió:

—Era un regalo loco, disparatado. El diablo en persona debía haber puesto aquella piedra delante de mis ojos para saciar espléndidamente mis vanidades de hombre enamorado.

Un día y otro la contemplaba, mezclándome en el corro, siempre renovado, de curiosos que miraban con cara estúpida aquel escaparate lleno de brillantes, de perlas, de esmeraldas... ¡qué sé yo!, una riqueza, una fiebre de vanidad satisfecha, cristalizada, relampagueante.

Sentía una atracción singular por aquella joya. La contemplaba temblando, estremeciéndome, como si mi cerebro elaborara la idea de alguna mala acción.

Era un regalo loco, disparatado, digno de una princesa; ¡valía una fortuna!



Le compraría aquel gran brillante, negro como sus ojos, luminoso como ellos, de acerados reflejos como su lujuriosa cabellera.

El, un pedazo de carbón cristalino, era su símbolo—creía yo,—el símbolo de toda ella, de su vida, de su pasado.

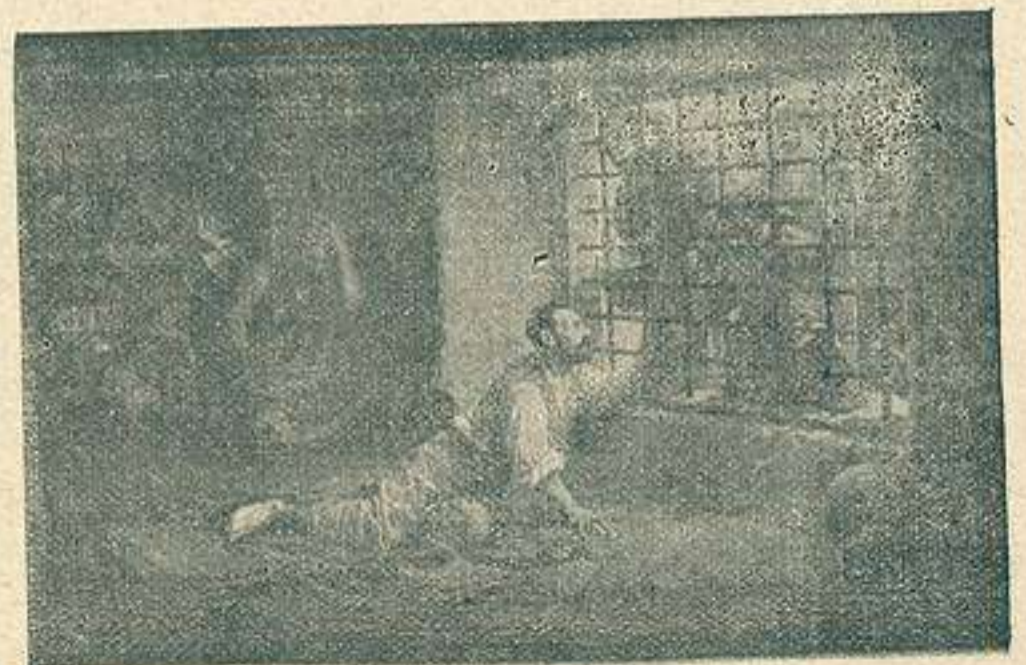
Era nada, y valía algunos miles. Negro y luminoso, como el mar

Aquella piedra, que podría hacer polvo bajo mis pies, me había detenido en mi carrera ciega en pos de una mujer más pérfida, cien veces, que otras, llena de dulces altanerías, misteriosamente desdeñosa como casi todas...; pero hermosa como ninguna.

## ARMESTO



¡FUEGO!



¡TRISTES MOMENTOS!



J. DÍAZ GONZÁLEZ.—De vuelta de la fuente.



J. GARNELO.—Una napolitana.

## MENUDENCIAS

### I

#### El orden de los factores.

Cierto preceptor un día daba lección á un muchacho distraído y vivaracho, y con calma le decía:

—Tú atiende y repite luego para fijarlo mejor:  
«Fué la desdicha mayor del poeta Milton ser ciego.»

Repite lo que has oído y aprenderás sin trabajo. Pero el chico se distrajo, como siempre, y aturdido,

soltó esta verdad escueta, asombrando al preceptor:  
—«Fué la desdicha mayor del ciego Milton... ser poeta.»

### II

#### Vivir durmiendo.

El inmortal Calderón, en su eterna producción, que aun se aplande con empeño, dijo que *La vida es sueño*, y los sueños, sueños son.

Así no puede extrañar qué hacen todos al vivir: el necio, á veces, roncar; el vulgo, solo dormir; el sabio, siempre soñar.

24

### III

#### Boda del tiempo.

Casóse Nieves Pantoia con Julio Navamorcuende, sin estar enamorados, según contaban las gontes. Pero al hablar de la boda, que fué al empezar septiembre, con un calor tan terrible que hizo aquel verano célebre, decía un quidan: —Señores, aunque lo duden ustedes, ni *Julio* fué caluroso ni derritóse la... *nieve*, y todo el mundo al oírlo, exclamó: —¡Naturalmente!

### IV

#### Per troppo variar...

Yo quise á una morena con ojos negros y después á una rubia de ojos de cielo y ahora pensando me tiene una trigueña con ojos garzos.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



## EL SINO

Dios dispuso el mundo así, y así el mundo acepto yo; ellas, siempre dicen *sí* y nosotros nunca *no*.

De este mismo parecer que rige nuestro destino se origina, á mi entender, *eso* que llaman el *sino*.

S. A. S.

## DIOS SOBRE TODO

(Del libro *Mar de batalla*.)

Apóstol de la verdad y mártir de la conciencia, combatió la iniquidad, viviendo en la obscuridad y muriendo en la indigencia. Mientras que cierto danzante, sangre bullanguera y fatua, aduló al vulgo ignorante, y vivo, gozó triunfante, y muerto, tuvo su estatua.

.....  
Como se fabrica hielo, fabricase nombradía, talco de guardarropía que deslumbra á algún ciruelo y que explotan más de dos en componenda irrisoria... Sobre la Farsa, la Historia, y sobre la Historia, Dios.

ABDON DE PAZ.

# MODAS QUE FUERON

Pues sí, señoras: el *vertugadin*, que apareció, como hemos dicho, durante el reinado de Francisco I, allá por el año 1530, señala, con mucha más elocuencia que cualquier suceso de verdadera importancia, el fin de la Edad Media. Desaparecieron las faldas ceñidas y aun aquellas otras que parecían más amplias por los pliegues á lo largo; faldas que daban, como creo haber dicho en otra ocasión, aspecto realmente escultural á la figura.



El gran heunin.

En tiempo de dicho monarca, el traje femenino fué amplio y majestuoso, pero sin gracia. El terciopelo, el raso y el brecatel eran las telas preferidas. Usáronse las mangas anchas y «caídas», forradas casi siempre de zibelina, la piel más en boga. También estuvieron de moda aquellas enormes mangas que ponían en tortura los hombros, compuestas de varios burletes, desde arriba hasta el puño, dejando entre burlete y burlete un hueco de cuatro dedos de ancho para que sobresalieran los bullones de la tela de color claro con que iban forradas estas célebres *mauches á crévés*.

También entonces hizo su solemne aparición el corsé emballeado que tantas aficionadas y tantos detractores tiene. Claro está que de aquella fecha á esta ha variado mucho el corsé; nació más flexible.

Y para el tocado imperó el famosísimo *attifet*, á más de la «caperuza», «toca» ó «cofia». En lo tocante al busto ¡harto lucido! tuvieron gran aceptación las preciosas bertas importadas de Italia, las cuales constituían el principal adorno del corpiño. ¡Qué descotes!... Las joyas estaban en todo su apogeo; y desde la reina á la última burguesa adinerada, todas gastaron un caudal, y algunas hasta se arruinaron, adquiriendo infinidad de cadenas de oro, á cual más valiosas y artísticas; joyeles esmaltados, piedras preciosas, entre las que descollaba el carbunco.

La hermosa Ferronière, una de las favoritas del rey, después de la duquesa de Etampes, fué la que ideó llevar un carbunco, pendiente de un hilo de oro, en medio de la frente. ¡Una joya más, por si no eran bastantes! Esta idea de la *belle Ferronière* obtuvo gran *succés*.

En verano, el abanico de plumas era de rigor; ello era un pretexto para gastar más en piedras preciosas, una vez que de éstas estaba cuajado el varillaje. En invierno, magnífico manguito; las burguesas lo usaban de piel negra ó muy oscura. No así las nobles, para quienes *la regia iniciativa* señaló los de color claro.

También Italia envió sombrillas; pero tuvieron poca aceptación, en vista de lo mucho que pesaban.

Más ¡ay! que después de la tempestad viene la calma, como suele venir el llanto después de la risa, y el sosiego tras el desfreno.

A esta época deslumbradora sucedió la *reforma*, cuyos turbulentos y tristes días eclipsaron tanto brillo y esplendor.

¡Modas lujosas, magníficas, diversas; modelo de suntuosidad y riqueza, durante el reinado de Francisco I, monarca galante, pródigo y ostentoso; modas que hicistéis época... (época también aquella de bravura, de rumbo y de... licencia!); vais á cambiar de aspecto, á entrar en vereda, á pasar de la luz á la sombra, pasando del fausto á la austeridad!

Y de ahí la lucha entablada desde los primeros días del reinado de Enrique II, entre *las modas tristes y las alegres*; lucha en que triunfaron las primeras. Razón por la cual extinguióse con el brillo la elegancia. De los tonos vivos se pasó á los que parecían empañados, y de éstos al negro.

¡De luto fueron aquellos días de la *Reforma*! ¡Discusiones religiosas, lucha desde el púlpito, guerra en todo y por todo!

Enrique II comenzó desde 1549 sus ataques contra el lujo, y publicó aquel famoso edicto prohibiendo cierta clase de adornos, telas, pañuelos, bordados, joyas, cintas, etc., etc. Todo, en fin, lo que fuera vistoso y caro.

Ello es que enmendó la plana á doña Moda; y fué tal la rigidez del rey, que llegó al extremo de indicar á las diferentes clases de la sociedad hasta los colores y las telas con que debían engalanarse.

El derecho á usar el color encarnado resultó privilegio de príncipes y princesas; las nobles, así como sus maridos, podían adoptar tan vistoso color, pero en una sola prenda de su vestimenta.

En las señoras de menos rango, si eran linajudas, toleraba los vestidos de tonos oscuros; y las otras, las más humilditas, tenían que vestir de negro. Idéntica diferencia tenían que observar, respecto de las telas, desde el raso y el terciopelo, al sencillo paño.

¡Cuántas lamentaciones en toda Francia no bien se intentó llevar á la práctica esta ley!

Todas las señoras defendieron valerosamente sus joyas y lindos trajes, sosteniendo grandes polémicas con los agentes de la autoridad, y apelando á mil ingeniosos recursos, con tal de poder seguir luciendo todos aquellos lujos.

Fué, pues, preciso que el rey volviera á coger la pluma y añadiese larga serie de enmiendas, detallando punto por punto lo que estaba ó no prohibido.

Hizo, sin embargo, algunas concesiones en obsequio de las damas de la corte, permitiéndolas ciertos detalles de coquetería en su modo de vestir. Y á las otras, las que no eran «clase privilegiada», las trató como si no fueran gente. Lo prohibido en un principio, prohibido quedó, cumpliéndose con estas últimas en todo su rigor, la ley suntuaria.

*Le velours, trop commun en France,  
sous toy reprend son vicil honneur...*

dijo entonces el célebre poeta Ronsard.

Y yo, en humilde prosa, me despido de ustedes hasta otro día, queridas señoras; más no les digo adiós sin tener el gusto de presentarles á esta muy ilustre y elegante dama de la corte de Carlos VIII.



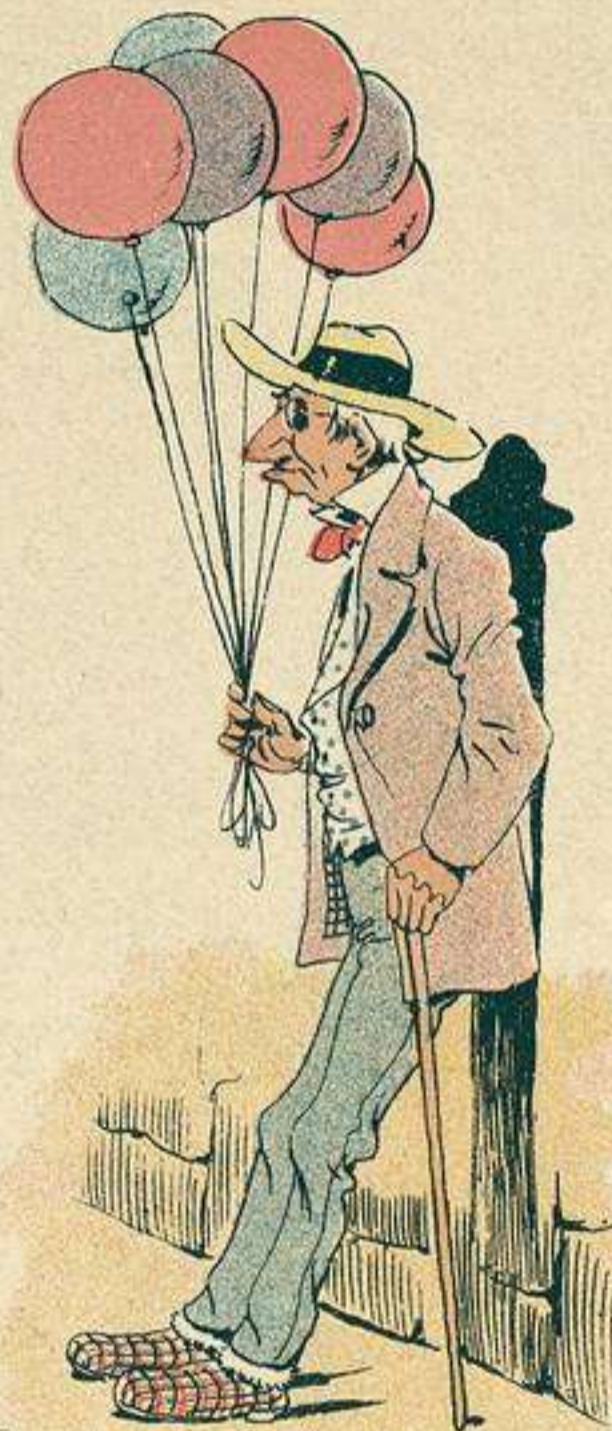
CON EL AYUNO FORZOSO SE GANA EL CIELO

ó

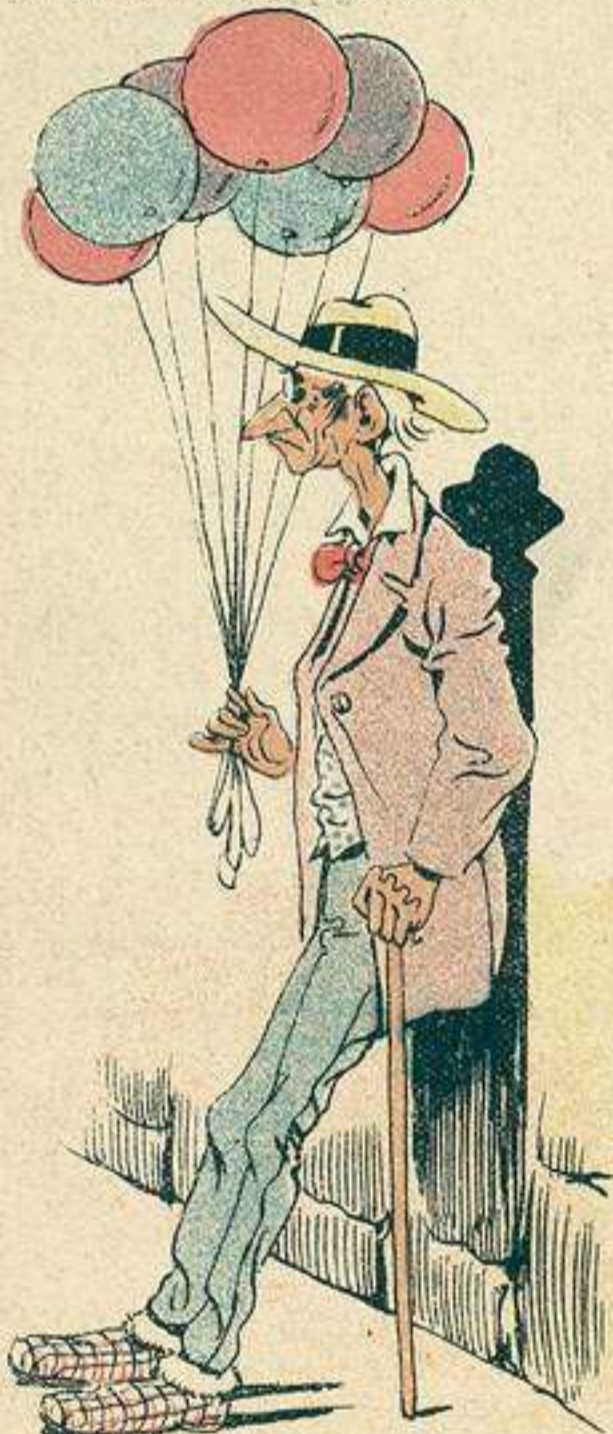
EL VENDEDOR DE GLOBOS



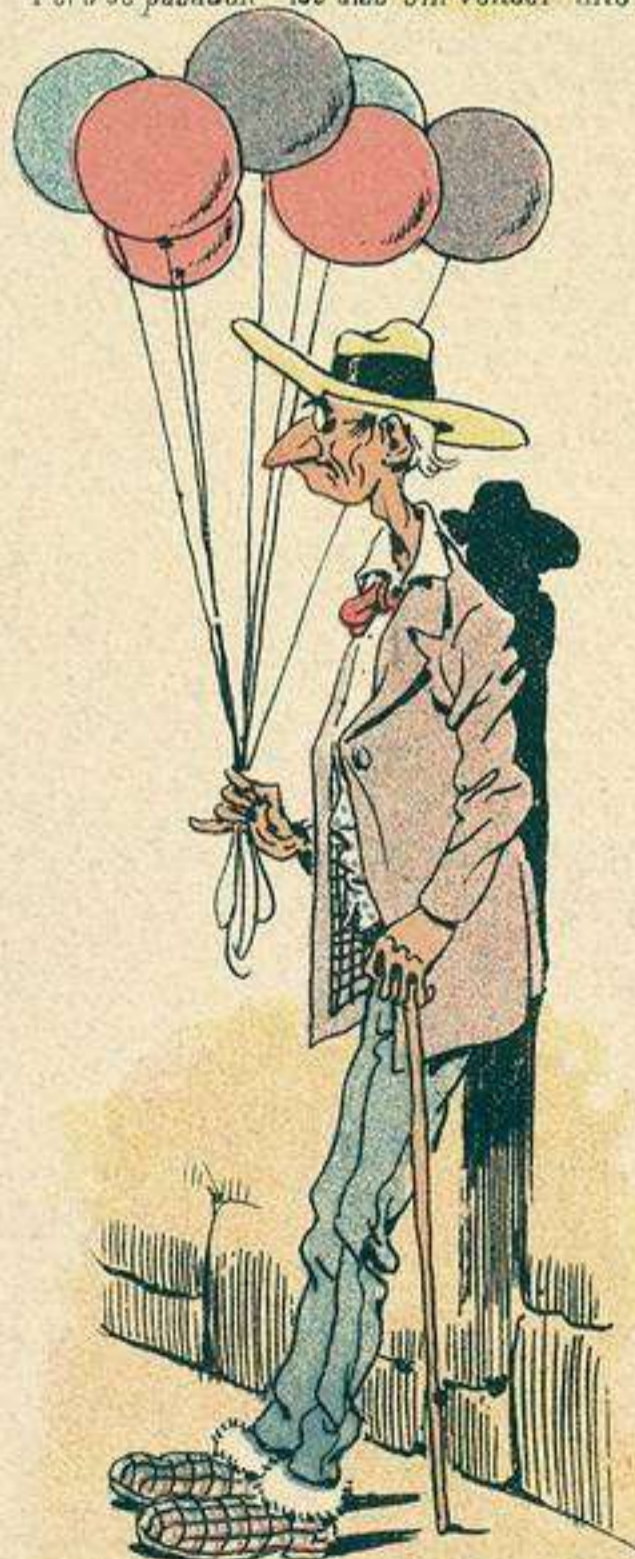
*Al quedarse inútil el pobre hombre se dedicó a la venta de globos para los niños por creerla una industria lucrativa*



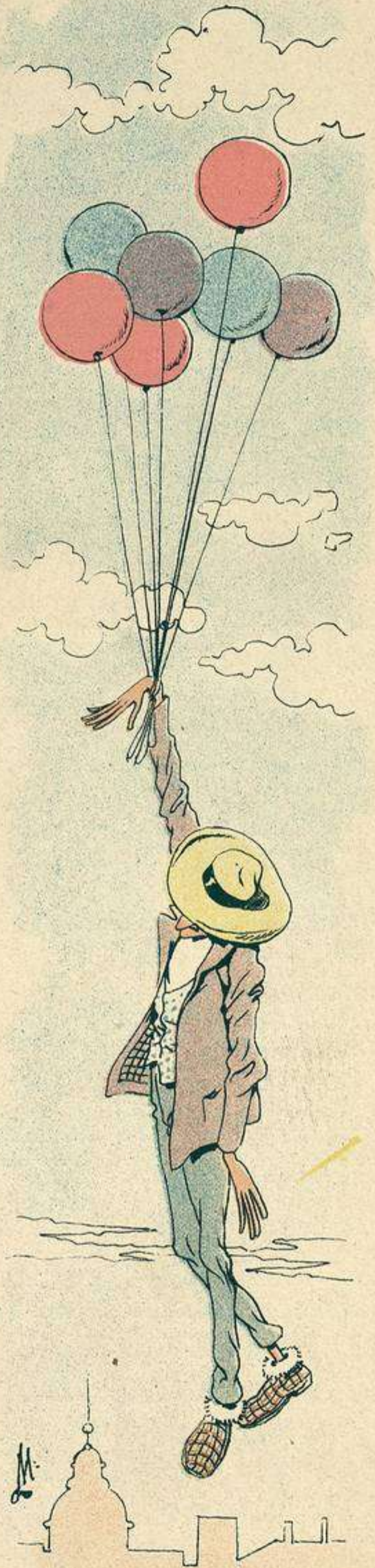
*Pero se pasaban los días sin vender uno.*



*Y no solamente los días sino las semanas*



*Por lo que viéndose en los huesos pensaba el infeliz que cuanto mejor sería que Dios le llamara.*



*Y efectivamente. Dios no le llamó pero eso sí libre de carne, subió a los cielos por su cuenta y riesgo.*